

Las comunicaciones con el gobierno de Madrid eran raras é inseguras; por lo regular no se obtenia sino una parte de los socorros y autorizaciones que se pedian; y si los obstáculos no resfriaban el celo de los misioneros, ni disminuian su fervor, sí desalentaban á las autoridades civiles. Una sola cosa, en medio de todo esto, era bien consoladora, y era que en realidad se habia abierto la puerta de aquellas vastas regiones á la civilizacion evangélica.

CAPITULO XXVI.

EXPLORACIONES DEL PADRE CONSAG.

Se debe al padre Consag una curiosa relacion del reconocimiento que hizo en 1746 de la costa oriental de la California, hasta el Rio Colorado. Partió de San Carlos el 9 de Junio y llegó en la tarde del mismo dia á la bahía de la Trinidad, célebre por su pesca de perlas. El 10 se desató una fuerte tempestad que obligó á la reducida embarcacion á recalar en la bahía de San Bernabé, el 11 y el 12, que pudo abordarse, el padre se ocupó en examinar y describir minuciosamente las porciones de la costa, las rocas y los cabos que tenia á la vista; el 13 predicó un sermón en San Miguel de la Pepena á

campo raso. Encantados los indigenas por la novedad, le llevaron á sus hijos para que los bautizase; el 14 se hizo de nuevo á la vela. Por todas partes encontraba rompientes, bancos de arena, rocas y masas de perlas; mas á lo lejos grandes montones de ostras; por otra parte rocas de mármol veteado de rojo y amarillo, y sobre sus cimas millares de pájaros. Cerca del Cabo Gorda aparecia la isla de Cerro-Blanco ó Montaña Blanca. En la falda de estas montañas brotaban veneros de agua dulce y tambien salitrosa.

Los indigenas de aquellos parajes, al ver la pequeña embarcacion del padre Consag creyeron que iba tripulada por buzos, y por lo mismo se dieron prisa á huir, porque los buzos, gente brutal y rapaz, le son odiosos; mas luego que supieron que no se trataba sino de las *túnicas negras* volvieron confiadamente.

Grande fué la dificultad para doblar el Cabo de san Gabriel en donde son igualmente peligrosas la calma y la tempestad. Allí acudió tambien gran número de indigenas llevando á sus hijos para que fuesen bautizados. Dos de los indigenas recién convertidos dieron aviso al padre de que una tropa de salvajes se preparaba á atacarle; al mismo tiempo le entregaron algunos carcaeses de flechas para su defensa.

El dia 15 se trató de aprovechar un viento favorable para hacerse á la vela. Se caminó con lentitud porque el buen padre no dejaba de ir anotando en sus memorias todo lo que se presentaba á su vista de raro y sorprendente en

aquellos nuevos países. Describió minuciosamente la costa cuyo aspecto cambiaba á medida que la embarcacion mudaba de posicion, en razon de las variadas formas de sus rocas negras, de sus cavernas y de sus cascadas gigantes.

En donde quiera que se detenia los indigenas le daban por lo general buena acogida ofreciéndole pescados. Mas se advertia su odio por los buzos europeos, así como tambien su horror por la tribu de los yaquis á quienes conocian desde luego por su tez descolorida; así fué que creyendo ver entre la comitiva del padre á uno de esos indigenas, manifestaron sorpresa acompañada de aversion. No costó poco trabajo al padre Consag calmar su resentimiento cuyo origen era antiguo. Aprovechó, pues, la ocasion para combatir en general sus pasiones vengativas, y hacerles comprender los inconvenientes de su vida salvaje.

Mas allá de la costa de San Antonio, el paso se hizo muy difícil y fué imposible abordar; mas unos indigenas que habian subido á la altura de una roca, al verlos acercarse les hicieron señal de alejarse algo mas, indicándoles una bahía favorable; al mismo tiempo se dirigieron hácia aquel paraje con el fin de prevenir á los habitantes. Pero sobrevino la noche sin haber logrado llegar á la deseada bahía, no obstante que los indigenas habian prendido grandes luminarias en la costa para llamar la atencion de los viajeros. Toda la noche permaneció anclada la embarcacion por temor de una sorpresa, y

al siguiente dia, 18, al amanecer, pudo por fin entrar á la bahía que era, en efecto, cómoda y segura. Se la llamó bahía del Purgatorio á causa de la ansiedad que en toda la precedente noche habian tenido.

Los habitantes se mostraron muy cariñosos y cumplimentaron á su manera al padre por haber escapado de aquel riesgo. El misionero les repartió algunos víveres, y en seguida, acomodándose lo mejor que pudo á su inteligencia y lenguaje, les habló algo sobre las verdades de la religion. Aquel país le pareció mas bello que el resto de la California.

El 19 se tuvo aviso de que los montañeses habian convenido en reunirse para hacer al padre una visita amistosa; mas no habiendo logrado que todos concurriesen al punto indicado, se aplazó la visita.

La embarcacion se hizo á la vela, y el 20 dobló el Cabo de las Animas. Estos cabos presentan la apariencia de un gran pastor de mármol á cuyo derredor pacen ovejas de arena y de granito. Todo sorprende la imaginacion en aquellas tierras hasta entonces inexploradas. Después del Cabo de las Animas se presenta el Cabo del Tridente, especie de tenaza de triple punta que, para no dejarse abordar, está rodeado de una cadena de escollos salientes como media legua en el mar.

Cerca de ese paraje está la bahía de los Angeles, llamada así tal vez á causa de las pequeñas y encantadoras islas que protegen su entrada y contribuyen á su seguridad. De lo alto

de una eminencia brota un manantial de excelente agua de la cual pudieron abastecerse nuestros viajeros sin salir de la embarcacion.

No obstante, esta isla de los Angeles estaba habitada por hombres muy pocos angélicos. Al punto que fué vista la embarcacion apareció un gran número de indígenas armados de flechas, dando gritos salvajes y en actitud amenazadora. En vano se procuró ganarlos por medio de demostraciones de amistad y ofreciéndoles algunos obsequios, por lo que fué preciso estar alerta, ó mejor dicho, resolverse á cargar sobre aquellos inesperados enemigos. Por fortuna se sabia que eran mas arrogantes que valientes. Cinco soldados y treinta indígenas fueron destinados á perseguirlos, y no fué necesario mas para dispersarlos pues huyeron en completo desórden, dejando abandonadas sus mujeres é hijos que se refugiaron en las cavernas. Estas últimas fueron tratadas con la mayor humanidad, lo que no impidió que ellas á su vez huyesen dejando á sus hijos á merced de los vencedores, quienes tuvieron cuidado de ellos así como de las pocas mujeres que habian permanecido alli y los tranquilizaron asegurándoles su amistad.

Preguntadas aquellas mujeres acerca de los designios de los indígenas, dieron á conocer la causa del ataque que tuvo lugar.—Los padres de muchas de ellas, jefes de los rebeldes del Norte, profesaban grande odio á todo extranjero que abordaba á sus playas.—Las mujeres de esta tribu, extremadamente pobre, se presen-

taban en un estado repugnante de desnudez, sí bien por un sentimiento de pudor de que la naturaleza humana no llega á despojarse enteramente usan siempre de una ligera cubierta, y aun es tal ese sentimiento entre ellas que apenas una madre acaba de dar á luz á su hija se apresura á revestirla, si así puede decirse, de aquel simbolo sagrado de modestia. ¡Ah! ¿por qué en nuestra tierra católica y en el mas alto grado de civilizacion, una vanidad mal entendida hace olvidar esta virtud tan natural y tan atractiva al mismo tiempo como es el pudor?

El 11 de Junio se permitió á las indígenas retirarse llevando consigo sus hijos y los efectos de su propiedad; luego que se vieron libres, imitando á sus compañeras huyeron dejando abandonados á sus hijos y bagajes. Fueron algunos en su seguimiento, y alcanzándolas, lograron persuadirlas á que se volviesen. El padre Consag se esforzó por tranquilizarlas acerca de las intenciones de los cristianos: “Decid á vuestros maridos que vengan sin temor. Si les hemos perseguido es porque ellos nos atacaron y para hacerles comprender que no les tememos. Si fuésemos enemigos vuestros os hubiéramos muerto, así como tambien á vuestros hijos. Tranquilizaos, pues; somos cristianos y á nadie hacemos la guerra. Queremos, por el contrario, establecer la paz y la buena inteligencia entre los hombres; amamos á los indígenas.”

Este lenguaje tranquilizó á las mujeres; recogieron, pues, á sus hijos, y tomando sus efectos

partieron á unirse con sus compatriotas. En el resto del dia se percibió á lo lejos un espía á quien se trató de dar alcance aunque no se logró.—Una mujer que andaba por aquellos parajes dió noticia á los de la comitiva de un nuevo manantial de agua potable; acudieron á él y á poco se presentaron algunos indigenas del Norte, persuadidos tal vez por sus mujeres, con el fin de apagar su sed en el mismo manantial del cual quedaban posesionados los cristianos.

Unos cuantos soldados se dirigieron á reconocer hácia el Mediodia, pero después de la puesta del sol se levantó un viento tan fuerte que derribó la tienda en que se decia misa y empujó á una de las canoas, á pesar de las anclas, hasta la entrada de la bahía de los Angeles. El 22 se continuó el viaje á lo largo de la costa, en la cual aparecieron algunos indigenas armados de flechas y arcos, pero huyeron á toda prisa luego que percibieron intención de perseguirlos. El 23 se dobló el Cabo de los Angeles. El 24 hubo necesidad de detenerse á causa del viento, y se trató de hacer un reconocimiento en tierra de las montañas. Se descubrió la isla del Angel de Guarda que está separada de la costa por un canal en que abundan las ballenas. Los viajeros se contentaron con pescar perlas.

El 25 se emprendió de nuevo el camino no sin obstáculo, pues la embarcacion sufrió alguna averia. Se destacó una pequeña canoa con el fin de reconocer una aguada; al ver esta operacion aparecieron algunos indigenas armados

dando gritos y gesticulando de una manera salvaje segun su costumbre; mas apenas vieron desembarcar la pequeña tropa, huyeron en desórden, como siempre, y aunque se les llamaba y hacia señal de que se acercasen sin temor, no hicieron caso ninguno.

El 26 se buscó otra aguada. Por fin se descubrió un estanque cuya existencia se habia ya sospechado al notar primero un ribazo cubierto de arena blanca y que terminaba en una pequeña altura de color rojizo. Este paraje fué dedicado á los santos Juan y Pablo cuya fiesta caia en aquel dia. El 27 se continuó el viaje á lo largo de la costa, volviendo á aparecer de nuevo los indigenas en actitud de provocar á combate. Uno de ellos, en extremo ágil, quiso dar por medio de sus brincos alta idea de sí mismo; de repente se deslizó desde lo alto de la roca desapareciendo en el precipicio, se le creia muerto y horriblemente despedazado, cuando con gran sorpresa de los viajeros se le vió volver á subir, si bien con alguna menos agilidad, y tendiendo la mano á sus compatriotas para que le ayudasen. Este accidente desconcertó á los indigenas que se retiraron avergonzados.

Como á medio dia se descubrió una bahía rodeada de montañas que parecian ocultar en su seno ricas minas de oro; mas no siendo esto lo que buscaban los misioneros se volvieron á sus canoas.

Y no puede menos de hacerse aquí comparacion, una vez mas, entre aquellos buscadores de almas, aquellos civilizadores cristianos y los

misioneros de nueva especie que se precipitan hoy á las mismas regiones para recoger oro. En los unos admiramos corazones amantes llenos de abnegacion y de humildad, generosos, desinteresados, que rebosan de virtud, hombres desprovistos casi siempre de recursos humanos. En los otros solo vemos por lo comun aventureros de todas lenguas y naciones, gente perdida en su honor y en sus costumbres, que pros critos tal vez en su país van á buscar en lejanas tierras medios de hacer fortuna y de adquirir poder, no por poco interés sino únicamente por el de su frio egoismo y su ardiente avaricia. Ellos tambien se unen entre sí para obtener con mas seguridad la conquista que meditan; se les podria considerar casi como aliados, como hermanos que confunden sus pensamientos y sus esperanzas; les vereis abrazarse, estrecharse las manos durante la travesía. ¡Hermoso y tierno espectáculo! apenas desembarcados emprenden juntos el trabajo; la union reina todavia. Pero hé aquí que de repente aparece un filon, una veta, encontrados por alguno de los hermanos, por un amigo, mientras que los otros nada han descubierto aun; al momento se rompe la paz y no se ve en su lugar mas que celos por una parte, desconfianza por la otra; cada uno se aísla, se oculta de los demás, no se ve mas que enemistad, traicion, atentados á la vida. Y no es esta por cierto una exageracion de nuestra parte, abundan irrecusables testimonios que lo acreditan.

El 28, como á la caida de la tarde un fuerte

viento de la montaña rompió uno de los palos de la embarcacion, que, al caer, hirió á uno de los marineros, faltando poco para que matase á otros dos. Al siguiente dia de san Pedro y san Pablo el tiempo calmó y en él se descubrió una bahía á que se dió el nombre de los dos apóstoles. Se navegó á remos doblando el Cabo Blanco y se penetró en la nueva bahía en la que habia multitud de isletas. El padre Consag ha hecho una minuciosa descripcion de ella.

El 30, antes del amanecer, se observó una luz en la costa, de cuya circunstancia dedujeron que habria allí una aguada, por lo que desembarcaron algunos y volvieron con un anciano que llevaba como un cántaro ó vasija de barro de exquisito trabajo, y tal cual no se habia visto ni entre los indigenas del Norte ni entre los cristianos que habitaban en la misma comarca.

Era ya bastante tarde cuando se saltó á tierra. Nuestros viajeros se encontraron con una multitud de indigenas de apariencias hostiles y gesto feroz. El padre Consag escapó con dificultad de una flecha que le dirigió uno de aquellos salvajes. Se les trató no obstante con dulzura; se les ofrecieron víveres y algunas bagatelas que reciben siempre con sumo placer y avidéz. Por su parte correspondieron el obsequio presentando á los viajeros plumas en señal de amistad; amistad hipócrita, pues no tardó en percibirse que abrigaban miras de atacar. Armaron en efecto sus flechas, y al ver esta inequívoca muestra de malevolencia, los nuestros

bajaron de la altura en que se hallaban con el fin de refugiarse en la llanura en donde, por otra parte, era menos insoportable el calor. Un niño cristiano que iba en la comitiva comenzó á remedar y á reirse de los gestos de los indígenas, lo cual pareció enojarlos mas hasta el extremo que uno de ellos desafió á los exploradores á nombre de los demás; los nuestros aceptaron el desafio, y se desprendieron al momento seis hombres con veintiseis flecheros indígenas. Estos últimos se lanzaron como un rayo sobre la altura en que el enemigo aguardaba; uno de ellos, que llegó el primero hasta la cúspide, quitó su flecha al primer indígena que se le opuso, y la hizo pedazos en el momento; este suceso, por insignificante que sea, bastó para aterrorizar á aquella gente sin disciplina ni valor real. Emprendieron, pues, la fuga, pero uno de sus grupos se vió forzado á batirse con una pequeña porcion de los nuestros, resultando el que se les hiciesen varios prisioneros. Dos soldados cristianos, llevados de un arrojo imprudente, no se retiraron á tiempo y fueron hechos cautivos. Sus compañeros trataron de libertarlos, y cuando entuvieron cerca los dos soldados comenzaron á hacer gran ruido como si estuvieran al frente de mucha tropa, todo con el fin de imponer á los salvajes que se presentaron de nuevo. La estratagema surtió buen efecto; los indígenas, colocados en linea de batalla, al oír el mando de los dos soldados, pensaron que tenian que habérselas con tropa bien acondicionada; huyeron, pues, abandonando á

sus mujeres é hijos así como tambien sus provisiones.

Esta victoria obtenida sin combatir era por cierto una buena fortuna de que la religion se aprovechó desde luego; se trató á todos los prisioneros con una benevolencia tal, que disipó sus malas prevenciones. "En ese paraje, dice el padre Consag, se encontró el primer perro que hasta entonces se viera en la California.

Al siguiente dia se dió libertad á los prisioneros después de hacerseles las recomendaciones convenientes; solamente se retuvieron dos á fin de que ayudasen á buscar la aguada. Durante todo ese dia se encontraron algunas partidas de montañeses que sin duda, para distraer á los europeos é impedir que les siguiesen, les indicaban desde lejos el lugar de la aguada dando al mismo tiempo agudos gritos. El padre describe los abordes de la aguada que se llamó de San Estanislao. "Es fácil conocerla, dice, por la roca rojiza cerca de la cadena de montañas, y tambien por algunos trozos menores del mismo color en la parte baja de la costa."

El 2 de Julio entraron los viajeros en la bahía de la Visitacion. Los indígenas de aquellos parajes son tan feroces como los otros. Las perlas abundan allí mas que en otros puntos. Lo esencial en estas excursiones era descubrir aguadas, lo cual no podia obtenerse sin las indicaciones de los naturales del país.

Al siguiente dia muy temprano se presentaron algunas familias de indígenas que dieron noticias muy útiles sobre el punto donde debia

buscarse el agua. Las mujeres allí no han conservado ni aun el ligero símbolo de pudor que dijimos usan las de otras comarcas.

El 3 nada ocurrió digno de mencionarse; el 4 se dobló el Cabo de la Visitacion; el 5 se navegó á remo por causa de los vientos contrarios; se vieron sobre las costas algunas manadas de cabras salvajes y de ovejas californias de que intentaron apoderarse algunos marineros. Los indígenas les señalaron una aguada y se retiraron precipitadamente. El agua de este manantial era caliente y sulfurosa.

Se encontraron en ese dia nuevas familias de indígenas, á las que el padre Consag persuadió de que los cristianos no eran sus enemigos.

Partiendo de aquel lugar no se vuelven á encontrar ya aquellos lechos de perlas tan abundantes.

No podemos menos de hacer aquí una observacion: si los jesuitas hubiesen sido tan codiciosos como sus enemigos los pintan constantemente, ¿seria creíble que hubiesen siempre desdeñado el recoger los tesoros en que abunda aquella tierra y de que no hablan sino como de cosas vulgares y de mera curiosidad? ¿Puede comprenderse como es que pisando aquellas rocas de donde el oro se extrae ahora á manos llenas, ellos no hubiesen escarbado siquiera un poco para tomar su parte? No, no; otros eran los tesoros que buscaban á través de tantos peligros. Sus perlas eran todas aquellas pobres almas á quienes era necesario extraer, por decirlo así, de la tenebrosa concha que las encier-

raba. Su oro era la salud de aquellas tribus remontadas en las selvas de la ignorancia, y á quienes la caridad evangélica y la civilizacion cristiana buscaban con ardor sobre las antiguas rocas que las ocultaban hacia tantos siglos.

El 6 se observaron diversos detalles de topografía, pero hubo dificultad para encontrar agua; el 7 y el 8 el tiempo fué tempestuoso, y una de las canoas varó en uno de los bancos de arena de San Fermin. El 9 se encontraron otros bancos de arena peligrosos, aguas malas é inabundantes. A consecuencia de su uso se enfermaron algunos marineros. En ese dia se vieron otra vez las manadas de cabras y ovejas á que pudo darse caza; el 10 se navegó tranquilamente á la vista de San Felipe y de la embocadura del Rio Colorado; al medio dia se desembarcó en una costa estéril. El 11 se abordó en unas lagunas ó pantanos de apariencia mal sana; se ancló en frente de una isla que parecia ofrecer un abrigo seguro, pero se observó que el agua que la rodeaba, muy diferente de la ordinaria del mar, produjo un efecto funesto ocasionando enfermedades cutáneas. Muchos se sintieron atacados de escorbuto. El 12 y el 13 las embarcaciones sufrieron averías. Del 14 al 18 ocurrieron nuevas tribulaciones y hubo necesidad de nuevos esfuerzos de valor y perseverancia. El 18 se arribó por fin á la embocadura del Rio Colorado; el desembarco se hizo en la isla triangular que divide el rio en dos brazos. En ese paraje hay mucho riesgo, pues que siendo ambas corrientes muy rápidas, la una de ellas hace retro-

ceder el agua con espantosa violencia en tanto que la otra se precipita con no menor rapidez; así fué que los viajeros tuvieron que sacrificar una parte de la carga para salvar sus vidas.

Las canoas llegaron á la costa de la California. Durante la noche brillaron algunos fuegos, pero al siguiente día ningun indígena se presentó á la vista. El 19 se continuó el reconocimiento en aquella costa. Hubo necesidad de remolcar las canoas á causa de la rapidez de las corrientes. A una de ellas le faltó el cordaje, por lo que tomó otra direccion; mas esta casualidad dió lugar á que se descubriesen tres islas, en una de las cuales se encontró una especie de máquina destinada á servir de molino, pues se observó en ella un grano semejante al anís que los habitantes dejaron á medio moler. Durante la bajamar, las canoas habian quedado en seco en uno de los brazos del rio; mas en el alta mar, una de ellas, un poco distante de las demás, se fué á pique.

Después que se salvó la tripulacion, las tres canoas restantes maniobraron el 21 en busca de los efectos y provisiones que habian caido al mar. El 22 se caminó á la descubierta en direccion á Causal y Saucedá; el 23 y el 24 continuaron su marcha, pero se vieron obligados á retroceder á causa del fuerte viento y de las corrientes. Se pudo observar que el rio circunda las montañas por el lado de la California. El 25 se reconoció el golfo de California hasta su extremidad; se descubrieron por último algunos puertos.

En aquel punto dió el padre Consag sabios y muy saludables consejos á los pescadores de perlas. “Si no os reunís en buen número, les dijo, y os armáis bien, correis peligro de perecer á manos de los salvajes, porque si bien el bautismo les hace sinceros, sociables y humanos, no es menos cierto que antes de recibir esta gracia son traidores, ambiciosos y crueles, y mas todavía con los extraños que con los enemigos de su propia nacionalidad. Si sois mas fuertes que los indígenas, guardaos de maltratarles ni de tomarles cosa alguna con violencia, ni de quitarles sus hijos, y sobre todo, no les robeis sus mujeres, porque en esta tierra, lo mismo que en cualquiera otra, este es el mayor ultraje que puede hacerse á un hombre. Pescadores, concluye el padre, conducios como buenos cristianos y mostrad vuestro celo por el honor del nombre español; procurad que ninguno de vosotros pueda ser acusado con razon de cobarde. Por desgracia, el año pasado algunos de vosotros han manchado vergonzosamente aquel nombre glorioso; estando en San Rafael habeis dejado asesinar á dos buzos sin osar defenderlos. El indigena se alienta con la impunidad y muestra valor con los cobardes.”

Grato es oír estas palabras generosas de boca de un sacerdote religioso. Aquel corazon castellano ardía en amor de la patria no menos que en el de la religion; se indignaba al solo pensamiento de que un español pudiera mancharse con el crimen de cobardia.

Es digno, en fin, de observarse, que el mi-

sionero, indiferente al provecho material que pudiera ofrecerle la pesca de perlas, no lo es á la prosperidad y buen éxito de las empresas que tienen por objeto enriquecer al estado ó á los particulares.

CAPITULO XXVII.

CONCLUSION.

Al terminar el análisis de la relacion del padre Consag, ocurre aun otra reflexion. En general los viajeros gustan, si no de exagerar, sí por lo menos de encarecer las dificultades y peligros que han tenido que vencer, los admirables expedientes de que se han servido en circunstancias críticas.

No sucede lo mismo en esta relacion; el padre refiere los hechos y nada mas; actor principal en esta peligrosa expedicion, es muy raro que hable de sí mismo y menos que se ponga en escena. Así es como los evangelistas refieren en sencillo estilo los mas admirables acontecimientos.

En el año 107 de Jesucristo, san Ignacio de Antioquía, cargado de cadenas y proximo á ser entregado á las fieras, temeroso de que su mar-

tirio no fuese tan pronto y cruel como deseaba, exclamó: "Amigos míos, mirad que vuestra caridad no me sea funesta; la ocasion es muy propicia para llegar hasta Dios, y es consolador para un obispo de Siria haber venido á encontrar la muerte en esta region del Occidente. Víctima soy por Dios; pero para ser pan digno de él es necesario que antes sea triturado por los dientes de las fieras. Los atletas de Jesucristo no triunfan sino después de ser hechos pedazos; mi vida es el oprobio de la cruz; pero la cruz, objeto de escándalo para el impío, es para nosotros la verdadera vida y salvacion."

De este modo hablaba el gran mártir de Antioquía. En esta especie de testamento, ¿no es verdad que su ardiente aspiracion de tormentos y de inmolacion parece haber inspirado la magnánima determinacion de aquel héroe del amor crucificado, que catorce siglos mas tarde, bajo el patrocinio de este nombre y de este ejemplo para sí y para sus hijos el privilegio de los males, de las persecuciones, de un martirio permanente y siempre fecundo?—En efecto, por do quiera esta órden que, lo mismo que la de san Benito, ha sido eminente por la ciencia no menos que la de santo Domingo lo ha sido por la predicacion, y por último, lo mismo que la de san Francisco lo ha sido por la caridad y servicio de los pobres, esta órden se distingue de las otras por un carácter especial y peculiar suyo, cual es el de llevar marcados en la frente, digámoslo así, el signo de los combates y la impresion de las contradicciones. Las páginas